

# LA CAZA COMO DEPORTE

**N**O hay duda que la caza, tanto por las condiciones en que se desarrolla como por las facultades físicas que para su práctica se precisan, es un verdadero ejercicio, sobre todo si se trata de la perdiz en mano, de la que soy un entusiasta aficionado.

No obstante, considero que su verdadera finalidad es, no solamente deportiva, sino una sana distracción que aleja un sinnúmero de preocupaciones al practicarla y que entre todos sus numerosos alicientes figura uno, para mí de los más interesantes, que es el magnífico escenario en que se desenvuelve.

Creo que al buen cazador debe atraerle, además del número de piezas que pueda cobrar, el encanto en la contemplación de las maravillas que el cazadero le depara. La caza no ha de ser sólo el deseo de matar, sino también la satisfacción de vivir en contacto con la Naturaleza para admirarla mejor. Jamás debiera importarle para salir al campo si hay o no abundancia de perdices y conejos, o cualquier otro ejemplar de nuestra maravillosa fauna. Esto sólo puede interesar a aquél que hace de la caza

un medio de vida, o sea, al cazador profesional. Pero a los que por pura afición manejamos la escopeta no debe preocuparnos. Claro que esto no quiere decir que nos sea indiferente lo que su conservación representa como riqueza cinegética.

La caza, pues, debe ser mirada en su aspecto deportivo y por todo cuanto de agradable encierra en sus diversas modalidades y si no lo es así, deja de ser el entretenimiento sano y alegre que nos depara tan gratas jornadas a los que con esta intención la practicamos.

Por otra parte, descartado el aliciente principal que nos mueve en nuestras salidas, es entonces cuando se da el caso del cazador furtivo y del que infringe toda ley sin respetar la principal de ellas: la veda.

Surgen esa variedad de individuos que, por desgracia, abundan bastante y que en plena época de cría se dedican a despoblar madrigueras con el empleo del repugnante hurón, que lamentable es decirlo, pero en nuestra comarca son muchos los cazadores que lo emplean durante toda la temporada.

Años atrás, al decir de los viejos cazadores de Figueras, abundaba la

caza de tal manera que a poca distancia se podían lograr bastantes piezas. Hoy para ver una perdiz o un conejo hay que recorrer unos cuantos kilómetros.

¿Cuál es la causa? En primer lugar, el abuso de los que en plena época hábil para cazar emplean medios ilícitos. En segundo, el cinismo de los que no vacilan, muchas veces con un descaro inaudito por su profesión, en seguir cazando la inhábil. Y en tercero, los que en vez de tomarse el ejercicio de la caza como una diversión o pasatiempo, motivo de este artículo, se lanzan al monte con el exclusivo objeto de eliminar cuantas más piezas mejor sin reparar en medios.

Pero en fin, demos gracias a Dios de que los que así obran son los menos, consolémonos cuando nos enteremos de que algunos de ellos recibieron su merecido al topar con algún digno representante de la Benemérita, consciente de su deber, como sabemos sucedió el pasado año, y sigamos, por lo menos los de buena fé, el sendero de la legalidad venatoria para prosperidad de todas las especies por ella amparadas y tranquilidad de nuestras conciencias.

V.D.R.

## A cambio de agua

(viene de la pag. 6)

recer, asomó por una ventanilla cerca de la plataforma donde yo estaba observando y llamó a la mujer para que le ofreciese agua. Entrególe la mujer el botijo, que fué pasando por las manos de otros pasajeros, y le confió recogiera a cambio del agua lo que voluntariamente quisieran darle. Pacientemente la mujer esperaba mientras otros, sedientos, la requerían con insistencia. La buena mujer quería atender a todos. Devolvióle el soldado el botijo casi vacío y con gesto generoso y amable puso en su mano diez o doce monedas de a diez céntimos.

Sonrió graciosamente la mujer al soldado, cruzáronse algunas palabras de mutuo agradecimiento, y mientras acudía a la lla-

mada de quienes la sed, el calor y la impaciencia se había apoderado, cargada con los dos botijos, ya casi vacíos, con la cabeza vuelta hacia el simpático soldado, exclamó henchido su pecho de alegría y agradecimiento, deseándole el mejor bien, como si nada mejor hubiese en el mundo: «¡Dios le dé una buena novia!» «Y a Vd. — dijo el soldado después de una ligera pausa, consciente quizás de lo que representaba para él el deseo de aquella mujer, y satisfecho, cual si buscara en su interior lo mejor que podía existir para ella— y a Vd. dijo «¡Dios le dé un buen amigo!» Así se despidieron, sonriendo, la aguadora y el soldado. Aquella continuó ofreciendo agua, amable, generosa; éste, oí como

comentaba favorable y benévolutamente con sus compañeros la acción y las palabras de aquella tan servicial y oportuna «vendedora» de agua.

Cuando voy a la estación y me meto en uno de aquellos vagones repletos de gente una hora antes de la salida, sin intentar ni siquiera buscar asiento, convencido de la inutilidad de ello, y me quedo en la plataforma en actitud estoica, paréceme ver desde allí, nuevamente, mirando el andén, a aquella buena mujer alta, delgada, de la falda gris y blusa rosa, con un botijo azufrado en cada mano, pregonando con voz amable y cariñosa «¿quién quiere agua?, ¿quién quiere agua?»